

## ¡ PATRIA MIA ! . . .

. . . . porque has de saber, amigo mío, que todos los años, en el verano, hago un cantar para mi pueblo.

Y te mando éste —el cantar— porque algo te corresponde en él.

Si te extrañas de que en el siglo que corre haya todavía hombres que se ocupen en cosas tan inocentes, satisfaré y haré desaparecer tu extrañeza, natural en un chico *fin de siècle*, contestándote que aún quedan en el mundo hombres honrados.

J. M.<sup>a</sup> G. y G.

Septiembre de 1892.

### I

Rodando en la corriente del mundo vano  
como rueda una arena sola y perdida,  
me encontré con un hombre, llamélo hermano  
y te lo dí por hijo, patria querida.

Pasado luego tiempo, te abandonaba,  
y en unión de aquel hombre, yo visitaba  
la tierra en que se asientan sus pobres láres ..  
y canté aquella patria que se me daba!...  
¡maldita sea la lira con que cantaba,  
y malditos los ecos de sus cantares!

Yo no tengo más patria que esta aldeíta  
donde está todo el fuego de mi cariño;  
el corazón sin ella se me marchita,  
pero pensando en ella se vuelve niño.

¡Patria mía querida, que con tu aliento  
haces quejar de nuevo con voz vibrante  
la fibra más doliente del sentimiento  
que se oculta en el pecho de un hijo amante...

no llores, si aquel hombre de quien te hablaba  
no ha venido a abrazarte y a conocerte;  
no admitas aquel hijo que yo te daba,  
si en un lejano día viniese a verte.

No amargues con tu llanto mi pobre vida  
porque aquí estoy yo solo para adorarte;  
duérmete y no me llores, porque, dormida,  
me tendrás a tu lado para cantarte,  
¡patria querida!

Porque tú me adoraste con ardimiento,  
porque tú me has amado con fe constante,  
porque tú bendeciste mi nacimiento,  
y no puedo olvidarme que, siempre amante,  
de tu brisa amorosa con el aliento

tú me arrullabas,  
cuando dormía  
sobre mi cuna,  
y me besabas  
cuando reía  
sin pena alguna,  
con la alegría  
de la ignorancia,  
que el alma mía  
ya no ha gozado  
desde la infancia  
ni un solo día!....

## II

Mi patria es la aldeita donde he nacido,  
donde tengo los padres que me criaron,  
donde existe aún caliente mi pobre nido,  
donde alientan los seres que me miraron,  
donde viven las almas que me han querido,  
donde vuelan las auras que me arrullaron.

Si no fueron ingratos y olvidadizos  
los hijos que a tus pechos se amamantaron,  
no llores tú desprecios de advenedizos,  
que de pisar tu suelo se desdijeron,  
porque no eres la cuna de los hechizos  
donde ellos se mecieron y se criaron.

Pero tú eres la virgen ruda y bravía  
que escondes el tesoro de tu pureza,  
más clara que los rayos del mediodía,  
que tuestan tu morena gentil cabeza.  
Eres la campesina que sólo ansía  
ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza;  
por eso les regalas pan y alegría;  
y si algún hijo indigno de tu ternura  
por buscar más placeres se te extravía,  
le dices: «come, canta, trabaja y reza,  
y no busques la senda que te hundiría  
de ignorados abismos por la aspereza».

No llores, pues, si un hombre te quiso un día  
menospreciar acaso por tu rudeza,  
¡no, patria mía!

que si no eres del mundo la maravilla  
ni eres de la hermosura supremo exceso,  
eres la madre tierna, ruda y sencilla,  
que a tus hijos veneras con embeleso;  
y yo, sólo por eso, te quiero tanto,  
que hasta llamarte madre mi amor me lleva,  
y sólo tu recuerdo bendito y santo  
me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva

desde el pantano  
sucio y liviano  
de las pasiones,  
donde revuelcan  
encenagados

los corazones  
 desesperados  
 sus ilusiones....  
 hasta la cumbre  
 de paz y calma  
 de las virtudes,  
 en cuya lumbre  
 se inunda el alma  
 de resplandores;  
 se dignifica  
 con la agonía de los dolores;  
 se purifica  
 con la alegría de los amores.

## III

Verdes lomas cubiertas de matorrales,  
 laderas guarnecidas de robledales,  
 nidal de negros cuervos y ruiseñores,  
 pradera salpicada de manantiales,  
 archivo de recuerdos encantadores!...

Patria mía, que enciendes mis ideales,  
 que conservas la historia de mis mayores!....  
 tú siempre has sido y eres la dulce idea  
 que ilumina mis sueños de resplandores,  
 que a mi espíritu enfermo cura y recrea,  
 que endulza de mi vida los amargores.

Porque haya habido un hombre que ingrato sea,  
 no quiero que te aflijas, ni que lo llores,

¡plácida aldea!

que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa  
 aquella tierra hermosa, cuya presea  
 borda de rubias perlas la mar furiosa  
 que con salvaje arrullo la galantea,

tú, más casta que ella, más candorosa,  
 la sencillez severa que te hermosea  
 guardas, como la virgen más pudorosa,  
 en el aro de montes que te rodea.

No llores el desprecio del hijo ingrato  
 de la altiva sultana, rica y liviana,  
 que es la más lujuriosa de las mujeres;  
 porque si él es hijo de la sultana  
 que emborracha sus hijos con los placeres,  
 yo soy el hijo amante de la aldeana  
 que alimenta sus hijos con pan moreno,  
 y les dice, cual madre pobre y cristiana:  
 «Come, canta, trabaja, reza y sé bueno.

Tus desventuras  
 sufre con calma  
 noble y sincera;  
 ¡y ama, si el alma  
 te lo pidiera!  
 que el alma buena,  
 se purifica  
 con la crudeza de los dolores;  
 se dignifica  
 con la pureza de los amores».

## IV

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo,  
 ni mares que te arrullen enamorados,  
 ni montañas que escalen el mismo cielo,  
 ni bosques con verjeles entrelazados.

Lucir tampoco puedes en tu garganta  
 de nácares y perlas rica presea;  
 y aunque tú estás guardada de gente tanta  
 como a la gran sultana siempre babea,  
 ni la brisa marina tu frente oreá,

ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta  
las frescas humedades de la marea.

En tu suelo al viajero tampoco encanta  
la luz de inmenso faro que cabrillea,  
alumbrando al navío que se adelanta  
y en noche borrascosa se balancea  
sobre un mar encrespado que al hombre espanta,  
y que a la luz siniestra, que lo platea,  
y a impulsos de la fuerza que lo levanta,  
se agita, fosforece y amarillea,  
duerme, ruge, suspira, murmura y canta.

Tú no eres la sultana que se recrea  
en la misma belleza que la agiganta,  
rústica aldeal....

pero eres la aldeana trabajadora  
que, al trabajo rendida y a las fatigas,  
reclinas tu cabeza de labradora  
sobre un haz de maduras, rubias espigas,  
que este sol de Castilla calcina y dora.

Tú eres la esposa rústica, la madre sana,  
más casta, más salvaje que la sultana.  
Si para ti no arrastran del mar las olas  
aderezos de nácar, de meleagrina,  
ni gárrulos concetos de barcarolas,  
tienes, en cambio, campos de mies cetrina,  
donde tú te brillantas y te arrebolas  
bajo esta meridiana luz argentina  
que, al vibrar de mil flores en las corolas,  
tiñe a trozos tu manto de purpurina,  
que Dios ha recamado con orla fina  
de claveles azules y de amapolas....

Y todo ser que bulle, murmura o trina,  
ruge, canta o se mueve sobre tu suelo,  
es la voz de un concierto que sube al Cielo;

la esencia inmaculada de aquella idea  
que siempre de ti ausente canto y evoco,  
¡gárrula aldeal,  
nido de un local!....

Si son en ti dichosos tus moradores,  
no te aflijas por nada, por nada llores,  
que yo te adoro;  
¡pero guarda la vida de mis mayores,  
como un tesoro,  
constantemente!....

porque, si yo te quiero como un demente  
y te llamo en mi ausencia con hondos gritos  
desgarradores,  
es porque están contigo seres benditos  
que son el amor santo de mis amores!

## V

Tu sol arde en el Cielo como una hoguera;  
sacude, patria mía, la cabellera  
de tus viejas encinas y tus sembrados.  
y mándame por ellos la brisa lenta  
que agite mis pulmones congestionados  
y humedezca mi boca que arde sedienta;  
que sacuda mis miembros aletargados  
y refresque mi frente calenturienta....

Ha mediado la tarde y el sol abrasa;  
la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta;  
si corre el aura, escalda por donde pasa;  
todo sér animado duerme la siesta....

Cántame alguna estrofa pesada y larga,  
como las que cantabas cuando era niño....  
arrúllame este sueño, que me aletarga,  
con un cuento de amores, en que el cariño  
me transporte a otra vida menos amarga!...

¡O cuéntame una historia!... mas no una historia  
de esas que el alma quemar al escucharlas;  
que labran hondos huecos en la memoria,  
y que espantan y hieren al recordarlas.

Cuéntame historias largas de trovadores,  
de bardos, de poetas y de mujeres ...  
inyecta en mi cerebro sueños de amores,  
y que, siquiera en sueños, tenga placeres....

¡Pero no! si lo hicieras ¡me matarías!  
haz que ningún recuerdo mi alma taladre.  
Cuéntame lo que quieras de aquellos días  
en que sólo soñaba yo con mi madre.

Emborráchame el alma con regodeos  
y apariciones místicas de la pureza,  
y déjame este cuerpo sin los deseos  
del ensueño letárgico de la pereza....

Duérmete tú conmigo desde esta loma  
donde ni un ser se mueve ni el aura bulle,  
y tráeme de tus montes una paloma  
que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle.

Cántame los idilios con que regalas  
al hijo extraviado que te visita,  
y haz de tu amor de madre, con ambas alas,  
un dosel en que apoye mi sien marchita....

¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces!  
¡Dios conserve y bendiga tus moradores!  
¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces!  
¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores!  
¡Dios aleje la muerte de tu morada!  
¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas!  
¡Dios alegre tu cielo con su mirada!  
¡Dios bendiga tus campos y tus casitas!

\*  
\* \*

Tú has combatido siempre mis agonías  
con fuerzas misteriosas y celestiales;  
por eso hoy, gastado, como otros días,  
vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales....  
¡que se van extinguiendo mis energías!  
¡que se van apagando mis ideales!

Ungeme de esa esencia tan misteriosa  
que sacude la anemia de mi impotencia,  
y a mi sér da una fuerza bien poderosa  
para esta lucha horrible de la existencia.

Satura tú mi sangre con esa esencia,  
y no llores por nada, patria amorosa;

canta y reposa,  
¡gárrula aldeal  
duerme la siesta  
sobre esta cuesta  
que el sol caldea,  
la luz platea  
y el aura tuesta ...

Y si es que, mientras lenta la tarde pasa,  
no puedes regalarme brisa más fría,  
¡bésame en esta frente, que se me abrasa,  
y ampara esta cabeza, que se extravía! ...

Pero si tú me quieres,  
si tú me llamas,

nuestro cariño bendito sea!

Pero si no me adoras  
si no me amas,

¡dame a mi madre!!! y ¡adiós, aldeal!

J. M. G. Y GALÁN